

PROCESOS DE INDIVIDUALIZACIÓN EN JÓVENES ESCOLARIZADOS

Sectores medios y altos en la Argentina

GUILLERMINA TIRAMONTI

Resumen:

En este trabajo se presenta brevemente la discusión desarrollada en el campo de la sociología con respecto a las modificaciones en la relación individuo y sociedad y los procesos de desinstitucionalización que parecieran caracterizar la actual etapa de la sociedad. Partiendo de la base de datos provenientes de la investigación empírica, el artículo identifica asimetrías en los procesos de individualización por los que atraviesan los jóvenes del último año de la escuela secundaria y las relaciona con diferentes condicionamientos sociales, familiares y escolares que los proveen de recursos, habilidades y expectativas muy diferentes para abordar las decisiones con las que dan respuesta a la exigencia de ser ellos mismos.

Abstract:

This article summarizes the sociological discussion of modifications in the relationship between the individual and society, and the processes of disinstitutionalization that would seem to characterize society at the present time. Using the database from an empirical study, the article identifies asymmetries in the processes of individualization experienced by students in the final year of secondary school. These asymmetries are associated with various social, family and school conditions that provide the students with very different expectations, resources and skills for approaching decisions, in response to the demand to be genuine.

Palabras clave: jóvenes, relación individuo-sociedad, familia, papel de la escuela, Argentina.

Key words: young people, relationship between the individual and society, family, role of the school, Argentina.

Guillermina Tiramonti es directora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-sede Argentina. Ayacucho 551 (C1026AAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. CE: tiramonti@flacso.org.ar

Hay consenso entre los científicos sociales en señalar que las modificaciones estructurales que atraviesan a la sociedad contemporánea están modificando las relaciones entre individuo y sociedad.

La caracterización de este vínculo ha sido un tema central de la sociología. Según el esquema tradicional hay una separación tajante entre individuo y sociedad, y esta última, que existe por fuera y por encima de los individuos, moldea la conducta de éstos a través de un proceso de socialización mediante el que se constituyen las subjetividades. De este modo, la subjetividad no es otra cosa que la incorporación de lo social que define las costumbres, las aspiraciones, valores e intereses. Los individuos son, desde esta concepción, una hechura de la sociedad.

Las teorías más modernas de la socialización plantean que no se trata sólo de internalización de valores sino que además el proceso incluye una construcción social del cuerpo. De tal forma, los gestos, los movimientos y las posturas no son naturales sino que son marcas que expresan determinadas trayectorias y posicionamientos sociales. Bourdieu acuñó el concepto de *habitus* para dar cuenta de este aprendizaje del cuerpo. En el mismo sentido Foucault, habla de las tecnologías de gobierno basadas en determinados saberes destinados a generar sujetos conformes con el proyecto dominante.

Elias (1990) avanza liberando a los conceptos de individuo y sociedad de los anteriores significados y los coloca en una relación de reciprocidad según la cual la sociedad da forma a la individualidad de sus miembros y los sujetos participan en su construcción a través de los actos de su vida en donde ponen en práctica estrategias posibles y viables dentro de las interdependencias del tejido social. Según esta postura la sociedad moderna ejerce una incesante acción individualizadora que se modifica permanentemente a través de una negociación que supone una constante redefinición de los lazos entre individuo y sociedad.

Para una serie de autores la etapa que estamos atravesando se caracteriza por una modificación profunda en la relación entre individuo y sociedad en favor de la primacía de los sujetos por sobre las determinaciones de la sociedad. De acuerdo con Beck (2000), la sociedad industrial como sistema, es decir, la dinámica de economía, política y ciencia, ha provocado su descomposición como entramado de experiencias, desanclando a las personas de las seguridades y las formas de vida estándar. A su vez, Bauman (2000) plantea que la modernidad temprana “desarraigaba” para poder “rearraigar”, de modo

que una vez que el rígido marco de los estamentos sociales fue quebrado, la tarea para los individuos fue aculturarse a los nuevos marcos regulatorios de la acción. Así, los estamentos –como sitios de pertenencia heredados– fueron remplazados por las clases en tanto membresías fabricadas. A diferencia de ese proceso de individualización en la actual etapa de capitalismo, que Bauman llama líquida, no existen canchales previstos donde “rearraigarnos”, lo que hay es una “variedad de juegos de sillas” donde éstas tienen diversos tamaños y estilos y cuya cantidad y ubicación varía, obligando a hombres y mujeres a estar en permanente movimiento sin prometerles “completud” alguna. No existe perspectiva de “rearraigo” al final del camino tomado por los individuos ya crónicamente desarraigados.

De ese modo, este momento de la modernidad está atravesado por un proceso de desinstitucionalización que se expresa en la ineficiencia de las instituciones conformadas durante la era industrial para regular y determinar los comportamientos individuales o, lo que es lo mismo, para constituirse en el marco existencial que contiene y marca las trayectorias individuales.

La articulación Estado, escuela y familia constituyó el soporte institucional del orden social moderno que, a su vez, inventó una ética, la del trabajo, y una moral laica que imponía deberes y obligaciones tan exigentes como los anteriores dogmas religiosos. El ideal del sacrificio y la fe en el progreso es lo que sostiene al proyecto moderno. Es justamente este entramado de instituciones y justificaciones lo que pareciera estar modificándose.

Se ha escrito mucho sobre la decadencia del Estado nación, no es nuestro interés recrear aquí esa discusión, sin embargo, para el tema que nos interesa es necesario mencionar su pérdida simbólica como articulador del orden y proveedor de un sentido universal al conjunto de las acciones que se desarrollan en una determinada sociedad. La ausencia o debilidad de este actor está en el trasfondo de la configuración fragmentada de nuestra sociedad.

También hay una extensa literatura que analiza los cambios en la institución familiar, tanto en su composición como en el tipo de lazo que articula a sus miembros. La demografía da cuenta de las nuevas modalidades de unión, y su disolución, los tipos emergentes de composición familiar (cohabitación, monoparentalidad, ensamblaje) y la redefinición de las trayectorias matrimoniales (Torrado, 2003).

La emancipación femenina y los procesos de individualización erosionaron la estructura jerárquica de la familia patriarcal. Hay, sin duda, una democra-

tización de los lazos y un cambio en las formas de convivencia. El espacio familiar se ha transformado en un punto de encuentro de los proyectos individuales de sus miembros, a diferencia de las conformaciones tradicionales que articulaban en un único proyecto las trayectorias de vida de sus integrantes. El sexo, la edad y el parentesco definían los deberes y generaban mandatos que determinaban trayectorias futuras y opciones de vida. Las posibilidades individuales estaban fundamentadas por categorías establecidas por la naturaleza y cerradas a la decisión de los hombres (Beck, 1999).

Hay posicionamientos muy diferentes en la evaluación de estos cambios. Para Beck (1999), por ejemplo, estamos frente a un proceso de ampliación de las libertades individuales donde el conflicto y el compromiso entre generaciones se procesan mediante acuerdos y negociaciones. Para otros autores (Laïdi, 2000; Tedesco, 2003) estamos frente a una crisis de la transmisión intergeneracional ya que la “transmisión efectuada en el seno de la familia ya no se apoya en la aceptación del principio de autoridad [...] sino que el único principio válido es el democrático o, dicho en otros términos, la relativización de las opiniones” (Tedesco, 2003:58).

De acuerdo con los datos de la investigación en la que basamos este texto, el contexto familiar es una referencia permanente en el discurso de los jóvenes y, a su vez, es una aspiración de realización (Montes, 2004). Según estos resultados, los lazos de horizontalidad que permiten un diálogo abierto entre generaciones son la característica familiar que los jóvenes más valoran. Al mismo tiempo, sus padres (los jóvenes de ayer), cuando hacen referencia a sus familias de origen, critican la falta de comunicación entre padres e hijos, la intolerancia y la falta de apoyo a los proyectos individuales. Desde estos discursos la horizontalidad constituye un avance satisfactorio para todos sus miembros. Giddens (2000) habla de relaciones “puras” para nombrar articulaciones basadas en la comunicación emocional, en las que las recompensas derivadas de ellas son la base primordial para su continuidad.

Las tendencias a la desinstitucionalización estarían también afectando a la escuela. Según Dubet y Martuccelli (1998) la imagen de una norma escolar que se “derrama” en la personalidad de los alumnos ya no es aceptable. Lo que está en crisis es el modelo de escuela republicana en la cual la conducta de los diversos actores estaba fuertemente regulada y definida de antemano. Caben aquí todas las consideraciones sobre el paso de la sociedad disciplinar, caracterizada por Foucault (1996) como aquella en la que la dominación social se construye a través de una red de dispositivos que

producen y regulan las costumbres, los hábitos y las prácticas productivas, a la sociedad de control (Deleuze, 1991), en las que el poder se ejerce a través de maquinarias que organizan directamente los cerebros a través de los sistemas de comunicación y las redes de información.

Al mismo tiempo que las instituciones pierden capacidad de regulación, se modifican los marcos éticos que condicionan la acción. Bauman (1999) sostiene que la estética del consumo gobierna allí donde antes lo hacía la ética del trabajo, esta última se refiere a un principio fundante de la ingeniería normativa y política de la sociedad industrial. Al vincular esfuerzo con dignidad individual y social permitió, por un lado, satisfacer la demanda de mano de obra de la naciente industria y, por otro, establecer un principio normativo que regulaba la moral pública y privada. Según este autor, está claro que no es la ética del trabajo la que estructura la comunidad actual y a los jóvenes de los sectores medios y altos. Para ellos, la aspiración no es la vida digna, sino la buena vida que se obtiene mediante la optimización de las posibilidades de elección. De hecho, el valor del trabajo es hoy un factor de estratificación (Tiramonti, 2004) que diferencia a los sectores altos y medios que lo asocian con la vocación y la realización personal, de los estratos más bajos de la escala social, que siguen atados a los principios de la ética del trabajo y lo relacionan con la condición socialmente digna.

En la misma línea, Lipovsky (2000) habla de una sociedad post-moralista a la que caracteriza como aquella que repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, a la vez, corona los derechos individuales a la autonomía, al deseo, a la felicidad. Se trata de una ética que no ordena ningún sacrificio mayor, ningún “arrancarse de sí mismo”, no hay deber heroico, sino reconciliación de la felicidad y la fiesta, de la virtud y el interés, de los imperativos del futuro y de la calidad de vida en el presente.

Entonces, ¿habría que pensar que los jóvenes construyen su vida con autonomía de la red de instituciones en que están aún insertos y en las que transcurre buena parte de su existencia?, ¿qué presencia tienen las familias y las instituciones escolares en los modos en que los jóvenes actúan su individualidad?, ¿con qué recursos y condicionantes amasan su propia vida?

La investigación que estamos introduciendo arroja algo de luz sobre esta problemática, mostrando una complejidad que se expresa en los nuevos modos en que familia y escuela se hacen presentes en la construcción de los “hacedores del futuro”. Para elaborar este texto trabajamos con base

en una serie de entrevistas realizadas a jóvenes pertenecientes a sectores medios y medios altos de la ciudad de Buenos Aires y Gran Buenos Aires. Quedan excluidos de nuestro análisis los pertenecientes a los segmentos más bajos de la escala social y aquellos que la literatura sociológica nombra como excluidos o marginales, que son hoy una presencia cuantitativa y cualitativamente significativa en Argentina.

Sin embargo, a pesar de su importancia, en esta etapa de la investigación privilegiamos una mirada sobre las capas medias y superiores para capturar la heterogeneidad de situaciones que tienen lugar en el interior de un grupo social que ha sido sometido a cambios pero mantiene cierta autonomía con respecto a las exigencias de la sobrevivencia. En una etapa anterior incluimos a los jóvenes de los sectores más bajos, que transitan también por un proceso de lo que Robles (1999) llama de “individualización”, donde el imperativo de la construcción individual del futuro se transforma en un abandono que se expresa en el sintagma “arréglate como puedas”. En una nota que se introduce más adelante incorporamos una aproximación a este grupo obtenida en la investigación citada.

Por otra parte, en el espacio social caracterizado por la desintegración y marginalidad, los procesos de desinstitucionalización son un dato casi obvio de una realidad que ha sido justamente caracterizada por estar al margen de la red de instituciones e intercambios de la sociedad.

Asimetrías en los procesos de individualización de jóvenes escolarizados

En nuestras investigaciones de campo se registraron diversos indicios de que este proceso está reconfigurando claramente las relaciones entre jóvenes, familia y escuela pertenecientes a todo el espectro de posicionamientos socioculturales. Sin embargo, el proceso se caracteriza por la heterogeneidad de manifestaciones y cierta autonomía de las pertenencias socioeconómicas. En este sentido es posible afirmar que, excepto en los sectores más bajos —que están sometidos a la tiranía de la necesidad y la amenaza de la desintegración—, en el resto del espectro de clases medias y altas son variables culturales las que explican las diferentes manifestaciones de la individualización.

A nuestro criterio, es en la convergencia entre culturas familiares, expectativas juveniles y formas de socialización escolar que se construyen diferentes experiencias de individualización. A continuación trataremos de caracterizar la diversidad de situaciones que hemos identificado entre jóvenes de clases medias y altas de la sociedad argentina.

La individualización resistida

Para un grupo de jóvenes de clases alta y media, la posibilidad de construir una vida propia está prácticamente neutralizada por un entorno familiar y escolar que actúa inhibiendo la aparición de opciones que alteren las trayectorias predefinidas. Ellos pueden pertenecer a las élites tradicionales o ser hijos de sectores medios conservadores. En ambos casos los entornos escolares escogidos por los grupos familiares son instituciones confesionales. La pertenencia a estos sectores marca algunas diferencias en el interior de este grupo.

Los primeros provienen de familias atravesadas por un verdadero temor a la desconfiguración del orden social que hasta ahora ha permitido la reproducción de su situación de privilegio. Hay estrategias, explícitas y concientes, destinadas a impedir las opciones alternativas. Un rasgo en la vida cotidiana de los jóvenes pertenecientes a este sector es la regulación de sus actividades en marcos institucionales fuertes.¹ Las escuelas a las que concurren se organizan jerárquicamente, mantienen un rígido control disciplinario que sostiene su eficacia en el temor a la sanción. Éste es el eje estructurante del conjunto de la actividad institucional, incluso la tarea pedagógica está sujeta a esta exigencia de reproducción del orden. La organización de la tarea en el aula es pensada en función de este rígido esquema de conducta (exclusión de trabajos en equipo o grupo dentro del aula porque relaja el comportamiento) e, incluso, el rendimiento académico es procesado como un dispositivo al servicio de la disciplina.

Los padres de estos sectores construyen un cerco fuerte alrededor de las escuelas con la finalidad de apuntalar su eficacia regulatoria, ejerciendo un poder de policía con el que se proponen neutralizar cualquier cambio que modifique el *habitus* que caracteriza al entorno familiar. El esfuerzo está puesto en la homologación del *habitus* familiar y el escolar. Se trata de núcleos tradicionales que habitan mundos pensados como órdenes orgánicos estructurados alrededor del respeto de las jerarquías, las tradiciones y la reverencia a los linajes familiares. Estos jóvenes están permeados por el orgullo de la pertenencia a un sector social que legitima su posición de privilegio en las tradiciones familiares. De allí que sus expectativas coincidan con las trayectorias ya marcadas. Las carreras universitarias que se proponen seguir están asociadas con desempeños profesionales tradicionales y se registran pocas apetencias de construcción de una vida “diferente”.

La misma inhibición a la construcción de opciones “individuales” está presente en jóvenes que provienen de sectores medios que concurren a

escuelas religiosas. En este caso, las familias se presentan como organizaciones más horizontales que las anteriores, en las que se rescata el valor del afecto y el amor como elemento que cohesiona a un grupo que genera una densa presencia en la conciencia de los hijos, naturalizando mandatos y neutralizando la imaginación alternativa. La familia aparece como la referencia obligada en cada definición y pareciera ser la única legitimada para justificar la acción. En estos chicos hay más presencia del barrio que en los anteriores, que también actúa como un espacio de control y regulación. Diríamos que barrio, familia y escuela construyen una frontera dentro de las cuales se definen las opciones para los jóvenes.

Las instituciones a las que concurren estos jóvenes tienen una organización homologable a su grupo familiar. La autoridad es definida como una presencia amigable y cercana, siempre dispuesta al diálogo y la comprensión. Son los lazos interpersonales, las obligaciones afectivas y la comprensión de la funcionalidad de las reglas las que sostienen el marco disciplinar. Hay mucho trabajo pastoral y un control de las conciencias y, con ello, de la imaginación que saca, para el grueso de estos jóvenes, fuera del campo de lo pensable opciones alternativas a las marcadas por el entorno familiar y escolar.

En ambos subgrupos la búsqueda de la gratificación personal no aparece como la motivación central de la acción, si bien es cierto que el rescate de los intereses y gustos de los chicos está presente en los discursos de los padres, aparece más bien como formando parte de las concesiones necesarias para lograr un ajuste funcional de las conductas de los jóvenes. Como si hubiera un reconocimiento de que los tiempos han cambiado y algo hay que conceder para que los hijos sigan el camino adecuado.

Por supuesto estamos describiendo entornos y condicionantes de las conductas cuya eficacia debería ser constatada con estudios de seguimiento de las trayectorias de estos jóvenes. Y si bien es cierto que más allá de los esfuerzos familiares y escolares la reconfiguración individualista del orden social pondrá a estos chicos en situación de responsabilizarse por sus acciones y participar activamente en la construcción de su futuro, es posible hipotetizar que sus elecciones tendrán un claro anclaje en las regulaciones familiares y escolares.

La individualización como mandato

En el universo de jóvenes que conforman la muestra de la investigación de la que da cuenta en parte este texto, se distingue un grupo que pareciera

estar inscrito claramente en un camino de individualización entendida como ampliación de sus opciones y por lo tanto de sus márgenes de libertad.

Se trata de jóvenes provenientes de capas medias ilustradas cuyas estrategias y posicionamientos actuales tienen relación con la constitución histórica de las clases medias en Argentina y con la reversión de la dinámica de ascenso social que caracterizó a nuestra sociedad durante los primeros setenta años del siglo XX.

Las clases medias, conformadas en los inicios del siglo XX prioritariamente por hijos de inmigrantes, se desacoplaron de su situación de origen a través de una estrategia que combinaba la obtención de credenciales educativas con la incorporación a un mercado de trabajo que se diferenciaba y ampliaba como consecuencia de la beneficiosa articulación del mercado nacional con el intercambio internacional.

La matriz igualitarista que caracterizó a Argentina hasta los años noventa del siglo pasado, resultó de un particular procesamiento de la competencia social por los recursos disponibles. Las aspiraciones de ascenso social fueron tramitadas a través de la ampliación de la oferta escolar por parte del Estado, que contenía una implícita promesa de promoción económica y social.

En un texto anterior (Tiramonti, 2004) he sostenido que las estrategias que estos sectores desplegaron para procurar su promoción les fueron propias y resultaron de una identificación clara de cuáles eran los recursos que tenían a su disposición para movilizarlos en la lucha por el ascenso social. Por lo tanto, lejos de ser un estrato con escasa autonomía y atado a la imitación de estrategias de las clases más altas de la población, se constituyeron a través de tácticas que les fueron propias y conformaron un sector con capacidad de innovación y de uso oportuno de los recursos disponibles.

Esta digresión sobre las clases medias se justifica porque, de acuerdo con nuestros datos, son nuevamente grupos pertenecientes a estas capas medias las que, sobre la base de su tradicional estrategia, innovan a finales del siglo XX con la finalidad de neutralizar las tendencias al descenso social y mantenerse en sus posiciones o ganar en el proceso de reestructuración que vivió el país en los últimos años.

Los jóvenes pertenecientes a este grupo provienen de un entorno familiar que está ya sometido a las exigencias de la individualización. Sus padres están asociados con las actividades más dinámicas de la economía y navegaron exitosamente la transformación de los años noventa, ya sea porque los encontró en un posicionamiento laboral adecuado o porque pudieron

hacer una lectura inteligente de la situación, lo que les permitió movilizarse de acuerdo con las exigencias del momento. Fueron en definitiva flexibles, y compitieron por los lugares estratégicos del mercado. De modo que son grupos que innovaron en el fragor del cambio y valoran la capacidad de moverse, flexibilizarse y aprovechar las oportunidades.

Son grupos educados que consideran el conocimiento y saber como recurso estratégico para posicionarse en el mercado y eligen escuelas que priorizan la excelencia académica. En este caso, a diferencia del grupo de élite anteriormente reseñado, el saber es valorado como una fuente de gratificación personal tanto por los alumnos como por sus profesores y padres. Quienes “saben” son admirados y respetados, y es éste el recurso en el que se legitima la autoridad. La propuesta de estas instituciones incluye seminarios y materias no convencionales abarcativas de diferentes dimensiones de la cultura y el arte.

Al mismo tiempo hay, por parte de padres y docentes, una apuesta fuerte a la creatividad de los jóvenes y a su capacidad para articular de modo original los recursos que se les han proporcionado. Es como si dijeran “aquí están los recursos que nosotros te proveemos para un viaje futuro cuyo camino y derrotero desconocemos pero creemos que esto es lo que te será útil. Depende de ti combinarlos y actualizarlos de modo que se transformen en un capital útil para realizarte en la vida”.

La realización personal y el desarrollo de una actividad que gratifique, que permita un continuo crecimiento y actualización de las potencialidades individuales se ha transformado en una exigencia para estos jóvenes, que no sólo tienen que hacer su propia lectura de la realidad y decidir cómo instalarse en ella sino que, además, están obligados a hacer una elección que les garantice una vida plena de desarrollo personal.

En la ideación de futuro, estos chicos construyen alternativas en las que intentan aunar la gratificación personal con un análisis de la viabilidad que da el mercado para determinadas ocupaciones. Construyen nuevos sentidos para las carreras tradicionales y combinaciones de saberes y ocupaciones que les permitan articularse funcionalmente a un mercado que se reestructura y genera nuevos nichos ocupacionales.

Los entornos familiares de estos jóvenes están organizados horizontalmente, pero su entramado y su presencia en la vida de los chicos, en sus referencias y en sus opciones, pareciera ser considerablemente menos densa que en el resto de los grupos analizados previamente. La construcción

de proyectos individuales que se contienen y alientan desde el grupo familiar pareciera ser la regla. Hay presencia de un discurso “psi” en los modos de pensar la familia y la relación con los jóvenes, que es característico de este sector social en Argentina.

Las instituciones a las que asisten estos chicos se organizan alrededor de este permanente estímulo a la responsabilización personal, el autocontrol y la gratificación por el trabajo escolar. Hay un régimen disciplinario que se monta en esta construcción individual de la responsabilidad por sostener un orden satisfactorio para la convivencia y el desarrollo de las actividades académicas. La autoridad es una presencia cercana, solícita y atenta a las necesidades intelectuales y afectivas de los alumnos. Nada se escapa de la mirada de directivos y responsables, todo es procesado a partir de la conversación y la reflexión. No hay estado de ánimo, conflicto o problema que pueda ser sustraído de la atención comprensiva de los agentes escolares. Sin embargo, no se trata de un ambiente familiar ni de relaciones sostenidas en los afectos interpersonales hay, por el contrario, cierta objetivación de las normas y las reglas de juego, y las relaciones con los estudiantes están marcadas por una distancia intelectual que les otorga una connotación específica y las diferencia de las familiares.

En síntesis, es un grupo que construye su futuro en una permanente búsqueda de una realización personal plena de las gratificaciones que resultan de ocupaciones interesantes, novedosas y capaces de proporcionar un sentido atractivo a la existencia.

La competencia como condición de la concreción del proyecto propio

Competir pareciera ser la motivación a la acción de un grupo de jóvenes que provienen de sectores sociales altos y medios. En estos casos la autorrealización pasa por la capacidad de estar siempre en carrera y la gratificación por demostrarse y demostrar una permanente disposición a la superación.

Son jóvenes que se piensan como líderes o personalidades sobresalientes destinadas a conducir otras voluntades. Se incluyen en esta categoría a los que transitan por circuitos socioculturales muy diferentes y que, por lo tanto, se piensan liderando mundos que tienen poco que ver entre sí. Los criterios que definen el éxito o el fracaso en cada uno de esos mundos son diferentes o están asociados a atributos y valores muy dispares.

Para algunos se trata de competir en un mundo globalizado en el que es posible desplazarse sin obstáculos para obtener una formación acorde con

las aspiraciones, o para divertirse, pasear o visitar amigos. Se trata de un mundo fundamentalmente masculino donde compiten por el éxito en los negocios, desempeñan funciones de liderazgo en las empresas, tienen hermosas familias y habitan en casas dignas de ser registradas en las revistas que muestran a los ricos y exitosos.

Idean un mundo muy semejante al que ya habitan o podría decirse que se preparan para ser exitosos en él. No se trata entonces de jóvenes que se plantean cruzar la frontera de su hábitat, no se trata de pensarse como hacedores de un futuro propio que modifique su entorno, no hay saltos, sólo una opción de tomar a su cargo los riesgos de una competencia que les permita mantenerse en la misma esfera, con los mismos privilegios. Ganar no un nuevo mundo, no su propio mundo, sino su propia posición actualizando las estrategias que se requieren para ello, adecuándose a las nuevas exigencias, siendo flexible, emprendedor y compitiendo siempre por las primeras posiciones.

Estos chicos concurren a instituciones que ocupan todo su tiempo y que actúan como marco de control y selección de amistades y actividades recreativas. Son instituciones bilingües que se proponen formar sujetos cosmopolitas y competitivos; que cuentan con una organización pedagógica e institucional que favorece el aprendizaje del valor del esfuerzo, la exigencia y la competencia (Ziegler, 2004).

Hay otros jóvenes fuertemente motivados para la competencia que se piensan como líderes intelectuales, sociales o políticos. Concurren a escuelas públicas “súper exigentes”, a las que ingresan después de haber pasado por una rigurosa selección. Se piensan depositarios de una tradición de líderes “ilustrados” y organizan su vida alrededor de una permanente competencia intelectual. Hay una pedagogía fundada en la excelencia y una valoración del saber como fuente legitimadora de las posiciones de privilegio.

A diferencia de los anteriores, son jóvenes que transitan por espacios socioculturales heterogéneos que les proporcionan experiencias, contactos y recursos con los que alimentan sus fantasías sobre el futuro. Se piensan como exitosos en la construcción de un mundo que les será propio y que, en muchas ocasiones, es diferente al de sus padres; en algunos casos son impulsados por ellos para iniciarse en el camino de la competencia, en otros, son opciones personales que rompen con inercias y hábitos de origen.

Estos últimos son mujeres y hombres que apuestan a la competencia intelectual como un modo de romper el cerco de las determinaciones familiares. En estos casos se sienten verdaderos artífices de su futuro y sufren como desarraigo la distancia que construyen con su familia de origen.

Las escuelas a las que concurren los interpelan permanentemente en su condición de sujetos de la competencia intelectual, construyen para ellos un entorno institucional que les demanda permanentemente superarse y demostrar que se puede más, es casi como un entrenamiento para una competencia que se librará en un futuro que no está definido pero en el que tendrán que forjarse una posición destacada.

En todo este grupo la búsqueda de la buena vida está muy presente, sin embargo no es la motivación más fuerte de la acción; de hecho son jóvenes que valoran el esfuerzo que exige la competencia, sacrifican horas con los amigos y postergan otras actividades para mantenerse en la carrera de los sobresalientes.

Las tecnologías de gobierno que despliegan estas instituciones están centradas en la construcción de estas subjetividades competitivas que se autorregulan a través de una permanente apelación para actualizar sus capacidades.

En síntesis, sin bien todos los jóvenes están atravesados por los procesos de individualización y la exigencia de ser “ellos mismos”, cada uno aborda esta experiencia desde condicionamientos sociales, familiares y escolares diferentes, que les proveen recursos, inhibiciones, habilitaciones, expectativas y miedos que se hacen presentes en los modos de abordar la construcción de sus futuros.

Nota

¹ En el otro extremo de la escala social, la vida de los jóvenes transcurre en espacios públicos o privados poco institucionalizados (el barrio, la calle, la casa de los amigos, la bailanta). La escuela, como ya hemos señalado anteriormente, tiene escasa capacidad de sostener e imponer un marco normativo diferente del que impera en el medio. En este caso, como en el anterior, la escuela es un espacio homólogo al del medio social, sólo que ese medio está signado por la anomia. En este grupo hay un reclamo por una reposición de las instituciones y los marcos regulatorios para encauzar la vida de los hijos. Se trata de una búsqueda desesperada de espacios de arraigo que atenuen la angustia de un proceso de indivi-

dualización compulsivo sin recursos ni red de contención social. Es un reclamo “civilizatorio” para la escuela, una demanda de incorporación a los códigos de los incluidos, se pide una guía para la acción con la que construir una trayectoria de inclusión. Es una interpelación para que la escuela se constituya en una instancia de neutralización de los efectos de “desafiliación” con la que Castel (1997) nombra la exclusión de los individuos de la participación de las redes de sociabilidad y de los sistemas de protección que “cubren” a un individuo de los riesgos de la existencia. La escuela se transforma en la frontera de la integración pero no provee un pase que saque a los alumnos de su situación de vulnerabilidad.

Bibliografía

- Bauman, Z. (1999). *Trabajo consumismo y nuevos pobres*, España: Gedisa.
- Bauman, Z. (2000). *La modernidad líquida*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1999). *Hijos de la libertad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2000). *La democracia y sus enemigos*, Buenos Aires: Paidós.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Deleuze, G. (1991). “Posdata de la sociedad del control”, en Ferrer, C. (comp.) *Lenguaje libertario. Filosofía de la protesta humana*, Montevideo: Nordan-Comunidad.
- Dubet, F. y Martuccelli, D. (1998). *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*. España: Losada.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*, Barcelona: Península.
- Foucault, M. (1996). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI.
- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado*, México: Taurus.
- Laïdi, Z. (2000). *La sacre du present*, París: Flammarion (cit. por Tedesco, J.C., 2003).
- Lipovsky, G. (2000). *El crepúsculo del deber*, Barcelona: Anagrama.
- Montes, N. (2004). “Adolescentes y jóvenes en contexto. El marco cercano: la familia y el marco amplio: los otros”, en Tiramonti, G. (comp.) *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires: Manantial.
- Robles, F. (1999). *Los sujetos y la cotidianidad*, Santiago de Chile: Sociedad hoy.
- Tedesco, J. C. (2003). “Educación y ciudadanía en el nuevo capitalismo: algunas notas e hipótesis de trabajo”, en *Propuesta Educativa* (Buenos Aires: Novedades Educativas-FLACSO), núm. 26.
- Tiramonti, G. (2004). “La fragmentación educativa y los cambios en los factores de estratificación”, en Tiramonti, G. (comp.). *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires: Manantial.
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*, Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Ziegler, S. (2004). “La escolarización de las élites: un acercamiento a la socialización de los jóvenes de sectores favorecidos en la Argentina actual”, en Tiramonti, G. (comp.). *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires: Manantial.

Artículo recibido: 5 de noviembre de 2005

Dictamen: 8 de febrero de 2006

Aceptado: 23 de febrero de 2006